

Ana Martín Méndez

Veinte  
comedias  
de amor y  
una noche  
desesperada

*Veinte comedias de  
amor y una noche  
desesperada*

Ana Martín Méndez

Esencia/Planeta

www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Ana Martín Méndez, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. diagonal, 662-664  
08034 Barcelona (España)

© Imagen de la cubierta: Jörg Röse-Oberreich – Shutterstock  
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: julio de 2018  
ISBN: 978-84-08-19233-6  
Depósito legal: B. 14.373-2018  
Preimpresión: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Marina

Si ya me lo había dicho mil veces mi madre: los hombres lo único que quieren es beber, comer, follar y que los dejen en paz, incluyendo en este último apartado que no los acribillen a balazos verbales en una suerte de verborrea intimidante e inacabable que yo era incapaz de controlar, especialmente en una primera cita.

Y el día anterior había vuelto a comprobarlo.

Fue sentarnos a la mesa, carraspear ligeramente, sonreír de medio lado, mirarnos con cara de «a ver quién empieza primero» y comenzar a disparar. Y es que nada más abrir la boca mi lengua se convertía en una ametralladora capaz de lanzar hasta trescientos proyectiles por minuto.

Así, a medida que mis palabras cogían carrerilla, notaba cómo él iba encogiéndose a la misma velocidad, cómo se echaba cada vez más hacia atrás y hacia abajo para acabar refugiado debajo de la mesa, en sentido literal.

De esta manera, y siguiendo el esquema de mi madre, mi cita no bebió, no comió, no folló y, por supuesto, no lo dejé en paz. Un nuevo fracaso total. Y llevaba catorce. Catorce en los últimos catorce días.

Yo era plenamente consciente de que tenía un problema, de forma que, salvo sustituir el carmín por un esparadrapo, lo había probado todo: psiquiatras, psicólogos, homeópatas, acupuntura, aguas termales, baños de lodo, la contemplación meditativa del salto de la rana..., todo..., pero nada. Hasta había llegado a hacer terapia subacuática porque, para todo aquel que se lo pregunte, sí, también era capaz de hablar compulsivamente debajo del agua.

Los hechos, por tanto, se presentaban tozudos: cuanto más nerviosa estaba, más hablaba, y, cuanto más hablaba, más nerviosa me ponía. Esta pescadilla que se mordía la cola alcanzaba el efecto de bucle infinito cuando no conocía a la persona que tenía sentada enfrente, lo que en términos sociales significaba cita.

Lo cierto era que, de no ser por ese defecto, habría tenido bastantes posibilidades de triunfar porque, aunque esté mal que lo diga yo, era razonablemente guapa, razonablemente delgada y razonablemente alta, si bien todo era tan razonable que el conjunto final resultaba normal tirando a normal, lo cual tampoco estaba tan mal y no me habría restado probabilidades..., salvo por mi apéndice bucal. Mi verdadero problema era la boca, pero no a lo Julia Roberts —cuyos dientes parecen quintuplicar en número a los de una persona corriente y cuyo tamaño supera con creces el de la suma del resto de sus órganos faciales—, sino lo que salía de ella, llamémoslo conversación en un acto de generosidad.

No obstante, aún había algo peor: a medida que pasaban los días, esos catorce días, el resultado final de cada una de las citas empeoraba considerablemente con respecto a la anterior, porque —y creo que cualquiera estaría de acuerdo conmigo— que tu pareja acabe atrincherada debajo de la mesa, sin haber mediado palabra por su parte y sin connotaciones sexuales de por medio, resulta difícilmente superable. Y, para muestra, algunos ejemplos:

### Cita 1

- Error: Confundir a la cita con el camarero.
- Certeza: ¿Alguna vez os habéis dirigido a un ejecutivo agresivo pensando que era un dependiente de El Corte Inglés? Y ¿os fijasteis en la cara de psicópata con la que no respondió a la pregunta, fuera cual fuese ésta? Pues lo mismo.
- Sugerencia para las páginas de citas: Nada de chorradas del estilo vístete de amarillo, colócate un clavel rojo en la solapa o lleva en la mano la Biblia en verso en su edición en tapa dura; que repartan chapas donde diga claramente «La cita soy yo».

### Cita 3

- Error: Mencionar las quince horas que has pasado eligiendo la ropa que ibas a ponerte y describir, con todo lujo de detalles, los cientos de modelitos que has llegado a probarte, destacando que has tenido que poner la lavadora tres veces y otras tantas la secadora para que todo estuviera perfectamente limpio y sin arrugas.
- Certeza: Los integrantes del sexo masculino no distinguen entre lavadora y secadora, y empecinarse en seguir hablando del mismo tema no va a hacer que tu cita deje de roncar, menos aún que se despierte.
- Sugerencia: Los hombres sólo quieren verte desnuda, de manera que nunca se debe ir vestida como si el armario se te hubiera caído encima, o, dicho de otra manera, érase una mujer a un armario pegada, que era justo como solía ir yo, con un mínimo de cinco prendas externamente visibles, aunque estuviéramos en verano.

### Cita 4

- Error: Dejar que tu cita elija el sitio para quedar.
- Certeza: El *burger* no es una buena opción. Hay que recordar siempre que los hombres-rata existen y que no están en peligro de extinción.
- Sugerencia 1: No dejarse intimidar si te obligan a revisar los cupones de descuento, si te acorralan para que elijas entre las ofertas de a un euro, si no te permiten pedir una bebida que no está incluida en la oferta.
- Sugerencia 2: Comer rápido para que la cita no arramble con tu mísera hamburguesa con la excusa de que se ha quedado con hambre, a pesar de que él se ha pedido tres extragigantes que no estaban en los cupones, dicho sea de paso.
- No aceptar como motivo para que te birlen la cena que estás «rellenita» y que tienes que cuidar tu línea. «Peso cincuenta kilos y mido 1,70», fue mi argumento en aquella ocasión. «Pues entonces, para que no engordes», fue su réplica.

Cita 7

- Error: Los hombres-monosílabo tampoco son una especie en extinción.
- Certeza: No hay ninguna manera de sonsacar a un hombre que no quiere hablar. La Inquisición hace siglos que dejó de existir, si bien mi ingente verborrea ha sido calificada en varias ocasiones como un eficaz instrumento de tortura.
- Sugerencia: Prestar atención a los indicios. Los gruñidos y los sonidos guturales son la antesala de los monosílabos y nunca son una buena señal. Y las miradas perdidas tampoco. Detrás de una mirada vacía suele haber un cerebro vacío.

Cita 9

- Error: Síndrome de *The Voice / La Voz*, o, lo que es lo mismo, los que salen huyendo en cuanto oyen la primera tanda de palabras, al igual que los *coaches* hacen girar sus sillas al oír el primer compás.
- Certeza: Desdentada no vas a conseguir pareja, ni ésta ni ninguna otra, de manera que salir corriendo detrás de ellos como alma que lleva el diablo sólo puede acabar de una manera: con tus piños en el suelo. Y lo digo por propia experiencia. Hay que recordar siempre que la experiencia es la madre de la ciencia.
- Sugerencia: Asume la situación y tu fracaso con dignidad o, lo contrario, desmáyate o finge estar sufriendo una apoplejía. A falta de compañía para la cena, que el fugado quede como un cabrón no es tan mal objetivo para un nulo fin de fiesta.

Cita 13

- Error: Contar de manera pormenorizada lo que ha ido mal en las últimas doce citas, continuando, por orden cronológico, hasta las 586 transcurridas desde la primera de ellas, allá por el año 327 antes de Cristo.

- Certeza: Lo mejor que se puede hacer con el pasado es superarlo.
- Sugerencia 1: Pensar que poniendo el ventilador a esparcir la mierda de cuando los dinosaurios poblaban la Tierra vas a conectar con la persona que tienes enfrente y conseguir que tu cita salga bien no es un acto de fe, sino de imbecilidad. Si tienes memoria para recordarlo, ten la inteligencia de remediarlo.
- Sugerencia 2: Sea lo que sea lo que salió mal en aquellas citas, la posibilidad de que vuelva a repetirse es descomunal. Lo que hay que hacer con los errores es aprender de ellos, no esparcirlos a los cuatro vientos.

Con tamaños despropósitos, a estas alturas quizá debería explicar cuál fue el motivo que me impulsó a ese frenesí social, o, lo que es lo mismo, a concentrar tantas citas en tan poco tiempo. La razón era que me pasaba todo el día escribiendo listas, tanto haciéndolas como rehaciéndolas, reduciéndolas, aumentándolas, desdoblándolas o dibujando cuadros sinópticos con ellas. Las utilizaba para cualquier propósito, ya fueran asuntos banales o trascendentales y, precisamente, por culpa de una de estas últimas me encontraba en el brete en el que me encontraba.

La primera lista existencial la escribí cuando tenía veinte años, y en ella me juraba a mí misma cosas tan típicas, habituales y poco originales como que antes de los treinta:

- Estaría casada con un marido de nombre Ito, es decir, bonito, calladito, con dinerito y que me obedeciera como un perrito, tal y como Google definía al hombre perfecto.
- Sería una mantenida, pero de lujo, con al menos una empleada doméstica a mi servicio, ya que siempre tuve claro que la casa embrutece y nadie te lo agradece.
- Tendría un niño y una niña, que mi marido se encargaría de educar y las niñeras de criar.
- Concatenaría los viajes a los lugares más paradisíacos y exóticos, porque el mundo es demasiado bonito para verlo sólo desde casa.

- Y, finalmente, sería la dueña de varias mansiones cuya estancia principal sería el vestidor, dado que una de las certezas de mi vida fue siempre la ropa como método infalible para recuperar la inversión, ya que si te hace sentir bien es porque vale más de lo que te costó. Así pues, cuanta más ropa mejor.

Sin embargo, a medida que transcurrían los meses, y los años, sin que se cumplieran mis expectativas, iba actualizando la lista, adaptándola a la nueva realidad de mi vida. El marido se transformó en pareja estable, de señora de la casa pasé a ama de casa, y no me quedó más remedio que prescindir de mis hijos, a los que sustituí por un bolso de Louis Vuitton, al que, eso sí, quería abrazar, acunar y cantar nanas todas las noches. En relación con las casas, mis esperanzas se concentraron sólo en una, pero en propiedad, y sin renunciar al vestidor, porque hay cosas en la vida que no se pueden negociar. Y, con respecto a los viajes, con salir una vez al año fuera de España ya me daba por satisfecha.

Desgraciadamente, y debido a que el plazo de caducidad de la lista estaba en ciernes, en fechas recientes había tenido que dejar su contenido no ya reducido, sino minimizado, a lo siguiente:

- Conseguir pasar de la primera cita.
- Ser económicamente independiente... de mi madre.
- Mantener una habitación propia... en casa de mi madre (y rezando para que no le fueran mal las cosas en su trabajo y tuviera que alquilarla y, por tanto, echarme o, lo que era casi peor, acabar compartiendo cama y armario... con mi madre).

Por lo que se refería al capítulo viajes, lo había solucionado comprándome un abono de transportes E2, para poder desplazarme no sólo por Madrid, sino también por Guadalajara, Cuenca y Toledo. ¡Ahí es nada!..., porque pobre sería, pero rumbosa también, ¡y un rato largo!

En este contexto, y aunque pudiera parecer lo contrario, tal vez debería aclarar que yo no era una muerta de hambre —dicho sea

con todos los respetos para los que sí lo son—, ni en la actualidad ni en ningún momento anterior. Pertenecía a una familia de clase media con posibles y había sido educada en un colegio privado, católico para más señas, lo que me había marcado de por vida, imprimiéndome carácter, como los sacramentos que me administraron. No obstante, ese hecho no había causado en mi espíritu el efecto religioso esperado, ya que muy creyente no era, aunque siempre tenía presente a Dios y a toda su parentela en mi vocabulario.

Con respecto a mis progenitores, mi padre era periodista, y mi madre, médico, lo que había dejado en mí otro poso: el del conocimiento sobre multitud de enfermedades que aplicaba a cualquier momento de mi vida, tuvieran que ver con la salud o no. Pese a ello, llegada la edad adulta no me decanté por esa profesión, sino por la decoración de interiores, con la que estaba cosechando más sinsabores que satisfacciones.

Hasta el momento había tenido varios trabajos, a pesar de que con ellos me pasaba como con las citas: que no conseguía llegar a la segunda fase; es decir, que no lograba superar el período de pruebas. Yo le echaba la culpa a la crisis porque, al igual que sucedía con mi físico —y aunque de nuevo esté mal que lo diga yo—, era muy buena decorando: mis ideas eran originales e interpretaba bien las directrices de los clientes, de manera que siempre acertaba. Además, no me importaba trabajar duro, con lo que estaba a disposición de la empresa las veinticuatro horas del día si hacía falta, algo muy de valorar en una actividad en la que los clientes suelen ser un verdadero coñazo.

Lo malo era que, hasta la fecha, nadie parecía haberse dado cuenta, salvo mis amigas, a las que modernizaba sus casas y ordenaba sus armarios. Sí, sí, les ordenaba los armarios. Todas ellas me tenían en nómina, como a la chica de la limpieza, pero una vez al mes en mi caso porque, aunque pueda parecer mentira, me pagaban por ello. Tan patético como cierto, y jurado por lo más sagrado, lo que en mi vida equivalía a un Birkin de Hermès.

Para todo aquel interesado en conocer mis tarifas, cobraba a veinte euros la hora y, que a mí me constara, nadie se había arre-

pentido de haberlos pagado, más bien al contrario, ya que llegué a tener lista de espera. ¿Mi secreto? Ser como un *smartphone*: intuitiva, porque, sin necesidad de leer las instrucciones, las prendas se te venían a las manos. ¿La parte negativa? La neurosis que me había generado, que me hacía medir la distancia entre las perchas para que toda la ropa estuviera perfectamente simétrica. Y es que, a pesar de que lo negara uno de los axiomas de la humanidad, la perfección sí existía, y vivía colgada en cualquiera de mis armarios.

En este punto tal vez debería mencionar que había otro trabajo, cuando menos igual de peculiar que el anterior, que me ayudaba a subsistir y al que me dedicaba desde mi adolescencia, pues, mientras todas mis amigas cuidaban niños o daban clases particulares para sacarse un dinerillo extra, yo alquilaba y/o vendía mis apuntes. Y el negocio resultó tan lucrativo que, con el tiempo, no sólo gestionaba los míos, sino que pasaba a limpio los de cualquiera.

La razón estribaba en que esa habilidad mía para estructurar, sintetizar y resumir se extendía incluso a materias que no era capaz de entender. Toda mi educación escolar y universitaria había estado orientada a la rama de Letras, como lo demostraba el hecho de que, salvo sumar dos más dos, no había muchas más cosas que pudiera hacer con propiedad en el campo de las Ciencias. Pues, aun así, mis mejores clientes eran médicos en potencia.

A ellos les cobraba también a veinte euros la hora y, para todo aquel que pueda pensar que era caro, mencionaré que tenía un alto índice de fiabilidad, consistente en el cien por cien, que es lo mismo que decir que todos aquellos que utilizaron mis servicios alguna vez aprobaron, y en muchos casos con nota, incluidas varias matrículas de honor y algún doctorado *cum laude*: «Esta tesis se la dedico a mi “copiadora” favorita, porque los dos primeros años logró algo difícil, los dos siguientes algo complicado, pero los dos últimos consiguió lo imposible: que un botarate como yo acabara aprobando la carrera de Medicina...».

Y tan botarate, porque, ¿a quién se le ocurre poner algo así en un texto que iba a ser leído por media facultad, corriendo el riesgo de que lo devolvieran a la casilla de salida, como en el juego de la Oca? Sin embargo, este agradecido cliente mío logró su propósito e

incluso llegó a especialista, ahí ya sin mi ayuda. Lástima que se le cayera encima una maceta mientras paseaba por la madrileña Gran Vía y pasara a mejor —o a peor— vida, porque habría tenido coloproctólogo gratis el resto de mis días.

Grima aparte en sálvese la parte, yo achacaba a esa capacidad mía para estructurar el motivo por el que no sólo era buena ordenando o analizando, sino también decorando. Cuando entraba en una habitación, aunque estuviera abarrotada de muebles u objetos, lo único que veía era espacio, que escudriñaba en busca del punto de partida, la pared más luminosa o la más escondida, cualquier detalle que llamara mi atención a partir del cual construir volumen, construir vida. Resulta un tópico decir que las casas tienen que estar vivas, pero no lo es que son una promesa, para el presente, para el pasado y para el futuro. Una casa es una suma de experiencias y de esperanzas, la garantía de que contendrá y mantendrá tus recuerdos, la certeza de que te acompañará en tu día a día y de que crecerá contigo el día de mañana, como sinónimo de las cosas buenas que te deparará la vida.

Para lograr eso no hay mejor sistema que empatizar con el cliente, estableciendo un nexo. Y yo lo conseguía. El truco radica en entrevistarlo, como lo hace un periodista, diseccionando su mundo, pero no en el sentido psicópata de la palabra, sino en el de desentrañar sus recuerdos, sus aspiraciones y sus sueños, haciendo preguntas a veces disparatadas y aparentemente nada relacionadas con la decoración, cuyo único propósito es desvelar a la persona y conocer sus misterios para que su casa sea enteramente su reflejo.

Por desgracia, estas habilidades, que nacían espontáneas en lo que se refería a las casas y a sus ocupantes, se tornaban inexistentes en lo que concernía a las citas en particular y a los hombres en general, territorio hostil en el que sólo podía ser calificada de inepta total.

Hasta ese momento, la relación más estable que había mantenido no era con mi cepillo de dientes, como suelen decir las mujeres sentimentalmente desafortunadas, sino con algo mucho peor, o alguien, porque se trataba de un ser vivo, vivo y coleando (en el sentido estricto del término, y no de un perro, un gato o cualquier otro animal doméstico al uso).

De sobra sé que suena a chiste, pero el único que me aguantaba era un mosquito cojonero que hibernaba y veraneaba en mi casa, más concretamente en mi habitación. Cada noche, nada más acostarme, ya fuera primavera u otoño, invierno o verano, empezaba a oír el zumbido de unas alas que se acercaban con un único objetivo en su vida de insecto, que era el de desvelarme, amén de martirizarme. Y, por más que lo intentaba, no había manera de matarlo, que arruinada estaba a fuerza de comprar insecticidas, y envenenada, porque de tanto darle al pulverizador la mayor parte de las veces la que acababa intoxicada era yo.

En la Wikipedia aseguraban que los mosquitos viven únicamente un mes, pero, una de dos, o el mío era el Matusalén de los mosquitos o adiestraba genéticamente a su descendencia en multitud de tareas, ya que la de amargarme las noches no era la única de sus aficiones. La más llamativa de todas ellas era que le gustaba la televisión. No tenía más que sentarme en el sofá, presionar el botón de encendido en el mando a distancia y, en una décima de segundo, ya había hecho su aparición, sobrevolando el espacio aéreo correspondiente a la tele, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, y otra vez vuelta a empezar. De buena ley se lo podría haber acusado de ser adicto a la pequeña pantalla, pero nunca de llevar una vida sedentaria frente a ella, cosa que no podría haberse dicho de mí misma la mayor parte de las veces porque, aunque me encantaba caminar, me gustaba mucho más la televisión.

Con lo que más disfrutaba era con las series, las películas y —deformación profesional— los programas de decoración del canal Divinity. Hasta que Hilary, David y los Hermanos Inmueble entraron en mi vida no sé cómo pude sobrevivir sin una cocina abierta al salón, un espacio exterior para las barbacoas y un sótano para reformar. Aun así, mi debilidad eran —y serán— los vestidores. Y es que mis expectativas para el futuro, aunque adaptadas, seguían siendo las mismas que años atrás: una pareja estable, un trabajo estable y una casa estable en la que hubiera una estable colección de ropa y de accesorios de marca. Pero, a no ser que el mercadillo de Majadahonda —localidad madrileña en la que vivía— pueda ser considerado un establecimiento de lujo, lo cierto era que no había nada

especialmente glamuroso en mi armario ni, por descontado, en mi vida.

Y el tiempo se agotaba. Me quedaba sólo un día para cumplir los treinta. Al siguiente, 15 de junio, entraba oficialmente en la treintena con mucha más pena que gloria, aunque con una bien fundada esperanza: la de que mi suerte por fin iba a cambiar.

¿Mis motivos? A mi madre la habían ascendido en su trabajo, con lo que el desahucio —el de mi habitación— no parecía un peligro inminente. ¡Y yo acababa de firmar un contrato de seis meses con el estudio de diseño The Living Home!, filial española, con sede en Madrid, de uno de los más prestigiosos del mundo.

Aún me quedaba tiempo, un día, para una cita más, la última, y estaba convencida de que iba a ser LA CITA, la madre de todas las citas.

Yo, Marina Mirizarry Solís, iba a conocer al día siguiente al hombre de mi vida.